

de su inconsciente falta de planificación empresarial.⁷ Recurrió a la mediación de amigos comunes. Se lamentó, protestó y pleiteó Vallejo; si acaso, le serviría de consuelo. Sin recursos, padeciendo necesidades, casi sumido en la pobreza, sus cartas se llenaron de lamentos:

El otro servicio —solicitaba angustiado a Gerardo Diego—, es acercarse a la editorial Ulises... y decirle al gerente... que me haga el favor de enviarme inmediatamente una liquidación de las ventas de *Rusia en 1931*, así como el saldo que, por concepto de estas ventas, haya a mi favor. Dígales que les he escrito varias veces y les he teleografiado, reclamándoles este pago y no me contestan nunca. Dígales también que no recibo ni una perra gorda... y que en última carta me decían que ellos tenían un saldo a mi favor y me prometían pagarme pronto.

El *pronto* del plazo nunca llegaba, se dilataba siempre, pero las necesidades cotidianas no disminuían por eso. En enero del año siguiente, todo continuaba igual, o sea, peor:

Voy a pedirle, Gerardo, un favor —le insistía—. Me tiene Ud. crucificado en Madrid, sin poder moverme, ni yo ni mi mujer... Aquí espero día a día el resultado del proceso contra Ulises y tarda desesperadamente en producirse. Me hace falta en estos momentos una suma para salir de esta *impasse* angustiosa en que me encuentro y le ruego me haga el favor de proporcionarme mil pesetas, prestadas...

Ni procesos ni rogativas, Ulises, en la realidad ya quebrada, constituía una suerte de pozo sin fondo para sus misivas. Vallejo, que nada tenía, estaba derrochando su capital en sellos. Recibía a cambio promesas de cumplimiento imposible:

¿Ha visto usted de nuevo a Lorenzo? —preguntaba a su solícito amigo en abril del treinta y dos—, me escribió hace poco, diciéndome que todavía no le era posible pagar nada y que lo haría probablemente en Mayo.

Pero es que aparte de no beneficiarse económicamente, la fortuna del libro le salió cara. Estimulado por la halagüeña perspectiva de tan favorable aceptación, Vallejo se lanzó a escribir una especie de continuación, *Rusia ante el segundo Plan Quinquenal*. Trabajando con intensidad, la obra estuvo enseguida lista.

Entonces sucedió lo inesperado: uno tras otro, invariablemente, diversos editores le devolvieron el manuscrito. Ninguno ponía en duda lo elevado de su interés, pero todos le decían no.

¿Por qué?

La (sin)razón no puede ser más desgraciada: el mercado, venían a explicarle los hombres de empresa, comenzaba a mostrarse saturado y, por si fuese poco, la quiebra de Ulises, consecuencia a su vez de la suspensión de pagos de la CIAP, había sembrado las calles de la ciudad con carritos repletos de volúmenes saldados a bajísimo precio.

⁷ *Ulises, cómodamente acogida al sistema de distribución en exclusiva de la en apariencia poderosísima Compañía Ibero Americana de Publicaciones (CIAP), empresa literariamente dirigida por Pedro Sainz Rodríguez y sostenida merced al apoyo financiero de la Banca Bauer (filial en España de la Rotschildt), entró en proceso de quiebra cuando ésta presentó suspensión de pagos (verano de 1931) a causa de unas desdichadas operaciones especulativas de la citada Banca. Aquel contratiempo, de desastrosos efectos encadenados, provocó una crisis de largo alcance en el panorama editorial español, dejando en pésima situación económica a numerosos autores (más de cien habían contratado la exclusiva de su producción con la CIAP, que les daba un sueldo mensual fijo).*

Y en aquellos carritos no faltaban ejemplares de *Rusia en 1931*. Así pues, el baratillo de marras disuadía a los editores de poner en circulación, a precio normal, otra obra del mismo autor e idéntico tema, de manera que un trabajo sin cobrar cercenaba de raíz las posibilidades del siguiente. Tarea ardua se me representa la de dar con una peripecia más desgraciada.

Y lo peor del asunto fue que, lejos de constituir un incidente aislado, hizo costumbre, o poco menos; a saber: *Paco Yunque*, cuento escrito por encargo específico de un editor, resultó rechazado al ser considerado «demasiado triste». La cascada de negativas alcanzó un ritmo imparable:

¿Qué trabaja Ud. ahora? —preguntaba en enero de 1932 a Gerardo Diego—. Yo, nada. ¿A qué escribir, si no hay editores? No hay más que escribir y guardar los manuscritos con cerrojo

En la misma carta, escasas líneas antes, subrayaba la buena voluntad de Federico García Lorca, cordial acompañante suyo en un desalentador peregrinaje en busca de empresario para sus obras teatrales. En vista de los repetidos nones, Lorca, estudiando una de sus comedias, le planteó la conveniencia de corregir algunos pasajes. «Yo no sirvo para hacer cosas para el público, está visto», reflexionó Vallejo. «Sólo la necesidad económica me obliga a ello».

El editor Manuel Aguilar le devolvió una colección de piezas cortas. Y diversos grupos renunciaron a montarlas por considerar que se trataba de obras excesivamente *violentas*. Al intentar entreabrir las, las puertas del teatro se le cerraron del todo.

Pero no sólo las del teatro, porque la negativa se extendió a *El arte y la revolución*, una recopilación de ensayos. «¿A qué escribir?», se cuestionaba con muy comprensibles motivos.

Trilce, aislado, despertó el entusiasmo de la minoría más selecta. Literaria y humanamente aquello le resultaría gratificante, pero eso no restaba dureza a la lucha cotidiana por la vida.

El periodismo a destajo, repartido entre corresponsalías de publicaciones hispanoamericanas que en general no le pagaban o lo hacían mal aparte de tarde y colaboraciones esporádicas en diarios o revistas españolas (*Estampa, La Voz, Ahora*), representó su débil tabla de salvación. Una tabla tan débil e insegura que necesitó del ocasional refuerzo de las traducciones, aspecto usualmente ignorado o liquidado con leves alusiones cuando se analiza su trayectoria. No se trata, desde luego, de un aspecto esencial en la vida o en la obra de Vallejo, aunque eso tampoco justifica que apenas se le dedique atención.

Las traducciones

Como antecedente de la —digámoslo así— etapa española, existe una traducción efectuada en París a mediados de la década de los veinte. Vallejo tradujo entonces desde el francés un libro mediocre, si acaso de valor puntual, del general Mangin, alto mando de las tropas coloniales que alcanzó especial relevancia en el frente occidental a lo largo de la I Guerra Mundial y acababa de fallecer (1866-1925), circunstancia decisiva —supongo— para los editores repentinamente interesados por su obra, porque de

sobra se sabe que la muerte constituye en nuestros países, cuando de libros se trata, sólida garantía comercial.

Traducido por Vallejo «a bajo precio», inconveniente del cual intentaría resarcirse luego al esgrimir su trabajo ante el gobierno peruano en abono de una petición de ayuda, su versión de *Autour du Continent Latin* es un trabajo de compromiso, llevado a cabo con corrección y, obviamente, sin entusiasmo. Difícilmente hubiese podido ser de otra manera, porque la obra tampoco se prestaba a más.

En cuanto a las dos traducciones de esta inicial etapa en España, realizadas ambas para Cénit por expreso encargo de Rafael Giménez Siles, se impone aclarar desde el principio que ofrecen notoria desigualdad. La cual en buena parte responde a las características concretas de cada una de las dos obras: *Rue sans nom* de Marcel Aymé y *Élévation* de Henri Barbusse.

Hombre polifacético, autodidacta e inconformista, Marcel Aymé, escritor dotado de gran capacidad descriptiva y especial sentido para la recreación de ambientes, tipos y registros idiomáticos populares, construyó en su novela una historia sencilla, cargada al comienzo de misterio aunque precipitada e incoherentemente resuelta, de lectura amena y agradable pasar, sin pretensiones. Cualidades, si se quiere, en abstracto poco importantes, mas dicha valoración cambia —creo yo— cuando de la ligereza de su tono se pasa de golpe a las embarulladas elevaciones de Barbusse, novelista a la sazón canoizado en los medios revolucionarios internacionales, donde gozaba de una suerte de bula (no faltaron lúcidas voces de discrepancia) en calidad de *padre* del antibelicismo, motivo cuya popularización respondía al innegable desastre de la I Gran Guerra y la temida certeza de que el resultado de la II, ya presentida, minimizaría sus peores horrores, superándolos con creces.

La calle sin nombre salió en el mismo año que *El tungsteno*, y en la misma colección, «La Novela Proletaria», mientras *Elevación*, también impresa en el treinta y uno, sería incluida en una serie distinta, «Novelistas Nuevos», la más nutrida (si la memoria no me juega una mala pasada) de cuantas Cénit llegó a lanzar, digna además de recuerdo porque a través de ella se incorporaron al panorama de nuestra lengua obras y autores contemporáneos de señalada importancia; por ejemplo: *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, *Demián* y *El lobo estepario* de Hermann Hesse, varios títulos de Lewis Sinclair y *El secreto de los rayos infrarrojos* de Alexis Tolstoi. Las dos obras que ahora nos ocupan, *La calle sin nombre* y *Elevación*, recibieron una acogida bastante discreta, y de hecho, al estallar la guerra, o sea, cinco años después de haber sido puestas en circulación, seguían disponibles ejemplares de aquellas tiradas.

Los críticos del momento, con excepción de los apasionados de Barbusse, que no renunciaron a jalear su obra, tampoco manifestaron ningún entusiasmo y, según mis datos, nadie reparó en las traducciones hasta el extremo de expresar un juicio. Y conviene aclarar que, enfrentadas a los perniciosos hábitos anteriores (aquellas versiones, como lamentó Antonio Machado, de novelas rusas pasadas al castellano desde el francés, en versiones a su vez trasladadas del inglés, idioma al cual llegaban procedentes del alemán), las editoriales *de avanzada*, incluidas Cénit y Ulises, cuidaron mucho ese particular.